

IV

LA REINA DE LAS NIEVES

I

LAS ABEJAS BLANCAS

En una de esas grandes ciudades donde hay tantas casas y tantos habitantes que no queda suficiente lugar para que cada cual posea un jardinillo, y donde, por consiguiente, los más deben contentarse con un cajón de madera en la ventana, ó un tiesto de flores en la chimenea, habitaran dos pobres niños que tenían cada cual su jardín en un cajón. No eran hermano y hermana; pero amábanse como si lo fuesen.

Sus padres vivían unos frente á otros, en el cuarto piso de una de esas antiguas casas de madera que, inclinándose una hacia otra, se aproximan cada vez más entre sí hasta que los últimos pisos se tocan casi.

Los tejados de ambas casas no se hallaban, pues, separados, en cierto modo, sino por las dos canales, de manera que un hombre corpulento hubiera podido—como lo hacía aquel gigantesco coloso de Rodas, de quien habréis oído hablar, hijos míos, y que era una de las siete maravillas del mundo—poner un pie sobre una ventana, y el otro en la opuesta, y ver pasar entre sus piernas á las personas que iban por la calle á evacuar sus asuntos ó á disfrutar de sus placeres.

Los padres de los dos niños, hermano y hermana, tenían fuera de su ventana, y cada cual en su lado, un gran cajón de madera lleno de tierra, donde crecían hierbas destinadas á los usos de la cocina, como perejil, hierbabuena y perifollo, y además había un pequeño rosal, con flores la mitad del año, y que, sonriendo al sol, perfumaban el aposento.

Los rosales eran propiedad de los dos niños, que los regaban y los podaban cuidadosamente antes de pensar en sí mismos, á causa del cariño que les tenían.

Los padres, que, por su parte, vivían en la mejor inteligencia, pensaron un día en hacer más completa aún la comunicación de sus dos habitaciones. En vez de colocar los cajones á lo ancho en cada ventana, pusieronlos atravesados, de modo que formasen un puente sobre la calle; después sembraron guisantes de olor y frijoles colorados, cuyos largos filamentos pendían sobre la calle ó remontaban á lo largo de las ventanas; de manera que los dos cajones formaron como un arco triunfal de verdura y de flores.

Como se había prohibido á los niños atravesar

aquel puente de follaje, permitíanles una vez á la semana subir uno á casa del otro y sentarse en unos taburetes junto á las ventanas, donde el niño jugaba con su muñeco y la niña con su muñeca, y más á menudo con una casita de loza ó de hoja de lata que el padrino había regalado á la niña el día de su santo.

En invierno, aquel recreo terminaba al fin, pues los cristales de las ventanas se empañaban con la escarcha, y, para verse uno á otro, los dos niños calentaban una moneda de cobre, aplicábanla contra los vidrios helados, y obtenían así un pequeño círculo, por el cual quedaba el vidrio limpio, permitiendo á los niños mirarse. Entonces, detrás de cada círculo se hubiera podido ver en cada ventana un ojo de expresión benévola y amistosa: eran los de nuestros pequeños vecinos, que se daban los buenos días.

El niño se llamaba Pedro, y la niña Gerda.

Durante el invierno, como era imposible abrir las ventanas á causa del frío, las sesiones se prolongaban más naturalmente en casa del uno ó del otro, sobre todo cuando nevaba.

—Esas son las abejas blancas que vienen por enjambres, decía la abuela.

—¿Tienen también su reina? preguntaba el niño, sabiendo que esos insectos tenían la suya.

—Sí que la tienen, contestaba la abuela; se llama Reina de las Nieves, y vuela allí donde el enjambre de los copos es más espeso. Es la más grande de todas, y no está nunca ociosa. Apenas ha tocado la tierra, remonta hacia las nubes negras. Solamente á media noche vuela por las calles de la ciudad, mirando las ventanas, y en-

tonces se cubren éstas de una capa de hielo que representa flores.

—Si, sí, ya hemos visto eso, dijeron los dos niños; y, á partir de aquel instante, creyeron que era cierto, pues los pequeños, y hasta los grandes, creen fácilmente en la verdad de lo que ven, aunque esto, ó más bien lo que creen ver, no sea siempre la verdad.

—¿Y mira la Reina de las Nieves á través de las ventanas para entrar en las casas? preguntó la niña con cierto temor.

—¡Ah! exclamó el niño, con ese tono fanfarrón peculiar de los chicos. Que entre en la nuestra, y yo la arrojaré al fuego para que se derrita.

Por la noche, cuando estaba medio desnudo, Pedrito subió á una silla y miró por el círculo trazado por una moneda: entonces pudo ver miles de copos de nieve que caían lentamente, y en medio del enjambre de abejas blancas distinguíase uno de aquellos por sus enormes dimensiones: precisamente éste fué á caer en el alféizar de la ventana. Una vez allí, comenzó á crecer de pronto, redondeóse, tomó forma humana y convirtiéndose en una hermosísima joven, engalanada con un vestido brillante como la plata, formado por millones de copos de nieve, unos en figura de estrellas, y los otros semejantes á flores. En cuanto al rostro y las manos, se componían del hielo más puro y deslumbrador. En medio de aquel cristal, sus ojos brillaban como diamantes, y sus dientes como perlas. Por lo demás, no andaba, sino que volaba ó se deslizaba.

Al ver que el niño miraba por su agujero, la dama le hizo un saludo con la cabeza y una señal con la mano.

El niño, muy asustado, á pesar de lo que había dicho por la mañana, saltó de la silla, y apoyó las manos contra la ventana con toda su fuerza, para que la Reina de las Nieves no pudiese entrar.

Toda la noche creyó oír un ave muy grande que golpeaba la ventana con sus alas.

Era el viento.

Al día siguiente hubo una helada muy blanca y hermosa; y después llegó pronto la primavera; el cielo se aclaró, vióse brillar el sol y aparecer la verdura; las golondrinas hicieron sus nidos, abriéronse las ventanas, y los niños pudieron mirarse á través de ellas, ó uno junto á otro.

Las rosas, los guisantes de olor y los frijoles colorados florecieron en aquel año de una manera magnífica.

La niña había aprendido un salmo en el que se trataba de las rosas; se lo cantó al niño, y éste lo repitió con ella:

Las rosas caen ya marchitas,
y pronto veremos al niño Jesús.

Los dos niños permanecían cogidos de la mano, besaban las rosas y querían que comiesen azúcar los capullos entreabiertos, diciéndose que, puesto que lasavecillas daban el alimento á sus pequeños, también ellos podían dárselo á sus rosas. Hubo magníficos días de verano, y aquéllas florecieron casi hasta la Navidad, ó sea

casi hasta el momento en que, como lo decía el salmo, se iba á ver el pequeño Jesús.

Pedrito y Gerda estaban sentados y entreteníanse con un libro lleno de estampas y grabados que representaban animales y aves.

De repente, en el momento en que el reloj de la ciudad daba las cinco, Pedrito exclamó:

—¡Ay, ay! Me ha entrado alguna cosa en el ojo, algo que penetra en el corazón.

La niña levantó el párpado á su compañero y sopló.

—¡Bien! Creo que ya está fuera, dijo el niño.

Pero se engañaba: lo que le había entrado en el ojo, penetrando hasta el corazón, no había salido.

Digamos lo que era.

II

EL ESPEJO DEL DIABLO

No necesito deciros, queridos niños, que hay un ángel malo llamado Satanás que, desde que hizo perder á nuestros primeros padres el Paraíso terrenal, no sabe qué inventar para condenar los hombres y perder al género humano. Cuando tengáis diez y ocho ó veinte años, leeréis en un gran poeta, ciego como Homero, llamado Milton, que cierto día Satanás se rebeló contra Dios y fué arrojado por él á las profundidades de la tierra; desde allí trata de vez en cuando de luchar contra su vencedor, ya que no por la

fuerza, cuando menos por la astucia. Ahora bien: uno de los medios de qué se valió en su incesante antagonismo consistió en confeccionar un espejo en el cual lo que era hermoso aparecía hediondo, y lo que era bueno, malo; mientras que la fealdad se convertía en belleza, y el vicio tomaba el aspecto de la verdad.

Aquel espejo tenía por objeto, como ya veis, cambiar la faz de todas las cosas de este mundo.

—He aquí una cosa que será de las más creativas, dijo el diablo al concluir su espejo.

Todos los demonios que frecuentan su escuela—pues tenía una para los demonios—referían por todas partes las propiedades del espejo diabólico, al que llamaban espejo de la verdad; mientras que era, por el contrario, el de la mentira.

—Solamente desde hoy, decían, se verá tal como es esa maravilla de la creación que llaman hombre.

En su consecuencia, comenzaron á recorrer el mundo con el espejo del diablo, y es imposible decir cuánto mal hicieron en todos los lugares por donde pasaron.

Cuando hubieron visitado las cuatro partes (en aquella época, hijos míos, no se había descubierto aún la Oceanía), resolvieron subir al cielo para producir entre los ángeles el mismo desorden que realizaron entre los hombres.

Cuatro demonios tomaron, pues, el espejo por sus cuatro ángulos, y remontáronse más allá de la luna, que se halla á noventa mil leguas de nosotros; y más allá del sol, que está á treinta y seis millones de leguas; y pasaron también de

Saturno, que se encuentra á trescientos millones de leguas. Una vez allí, llamaron á la puerta del cielo.

Mas, apenas hubo girado sobre sus goznes aquella puerta de diamante, una mirada de nuestro divino Creador, penetrando hasta el espejo diabólico, le rompió, convirtiéndole en átomos tan impalpables como el polvo levantado por el huracán en la orilla del mar.

Entonces ocurrió una gran desgracia, y fué que todos los átomos del espejo maldito se diseminaron en la atmósfera, flotando con el viento. Ahora bien: como cada uno de aquéllos había conservado la propiedad del todo, los que recibieron alguno en los ojos comenzaron á ver el mundo bajo el aspecto en que Satanás deseaba que fuese visto, es decir, sumamente feo.

Algunos recibieron una de esas partículas no solamente en el ojo, sino en el corazón también, y para éstos, sobre todo, fué una cosa fatal, pues su corazón se petrificó, llegando á ser semejante á un hielo.

Y el diablo se reía de tal manera, que su vientre se dilató hasta llegar á la barba.

Uno de esas partículas fué la que Pedrito recibió, no solamente en el ojo, sino en el corazón también.

Por eso, en vez de dar gracias á su amiguita Gerda, que acababa de soplar en el ojo y que sentía tanto su padecimiento que las lágrimas rodaban por sus mejillas, le dijo:

—¿Por qué lloras? ¡Oh! ¡Si supieras qué fea te pones cuando lloras! Mira esa rosa que hay allí, picada por un gusano, es fea también, sin contar

que huele tan mal como un clavel de la India.

Y, arrancando la flor, arrojóla á la calle.

—¿Qué haces, Pedrito? preguntó la niña Gerda. ¡Dios mío, mi pobre rosa, que era tan fresca y que olía tan bien!

—Y yo te digo que estaba marchita y queapestaba, insistió Pedrito.

Y, arrancando la segunda rosa, arrojóla por la ventana como la primera.

La pequeña Gerda rompió á llorar.

—Ya te he dicho que estabas espantosa cuando llorabas, repitió Pedrito.

Y, á pesar de la orden de sus padres, que habían prohibido á los niños pasar nunca por el puente aéreo, el niño saltó de una ventana á otra, dejando á Gerda aturdida ante el cambio que acababa de efectuarse en su pequeño compañero.

Al día siguiente, volvió, y Gerda quiso enseñarle su libro de estampas; pero Pedrito se le hizo saltar de las manos, diciendo que tan sólo era bueno para niños en pañales, y que él era un muchacho grande á quien no divertían ya semejantes necedades.

No era esto solo: cuando la abuela refería historias que en otro tiempo interesaban mucho á Gerda y á su compañero, este último oponía siempre algún *pero* que despojaba de su encanto la sencilla historia.

Y no solamente no divertían ya á Pedrito los cuentos de la abuela, sino que en toda ocasión burlábase de la buena mujer, haciendo muecas detrás de ella, poniéndose sus anteojos é imitando su voz.

Muy pronto, lo que Pedrito hacía con su abuela hizolo también con todo el mundo: imitaba el acento y el modo de andar de todos los vecinos de la calle, y reproducía cuanto tenían de ridículo con increíble exactitud, tanto, que todo el mundo decía:

—A la verdad que ese niño tiene una disposición extraordinaria para imitar: se debería dedicarle al teatro.

Y todo esto provenía de aquella desgraciada partícula de espejo que había recibido en el ojo y en el corazón.

El invierno llegó, y las abejas blancas reaparecieron.

Cierto día que nevaba, Pedrito llegó con un gran trineo y dijo á Gerda:

—Tú no sabes que me han dado permiso para ir á jugar en la plaza grande con los otros niños.

Y echó á correr, sin decir siquiera: «Hasta la vista».

Me preguntaréis, queridos niños, si Pedrito tenía un caballo para poner en movimiento su trineo, y, en caso de no tenerlo, de qué podía servir aquel vehículo.

A éstos contestaré que Pedrito carecía de caballo; pero proponíase hacer lo que en semejante circunstancia hacían los niños á quienes faltaba el animal. Con el auxilio de una cuerda ataban sus trineos á los coches que pasaban y dejábanse llevar hasta el fin del camino, lo cual daba el mejor resultado.

Cuando llegaban demasiado lejos, desataban la cuerda y sujetábanla en un coche que fuese

en dirección opuesta, volviendo, así, al punto de partida.

Apenas Pedrito y su trineo hubieron llegado á la plaza, vióse llegar otro muy grande y magnífico, tirado por dos caballos blancos, con arneses blancos también. En el trineo iba una hermosa dama con pelliza y sombrero de plumón de cisne; y el mismo vehículo estaba pintado de blanco, siendo blanca igualmente la seda que guarnece el interior.

—¡Bueno! dijo Pedrito; aquí está mi negocio.

Y, atando su pequeño trineo al grande, que acababa de llegar, partió con él.

III

QUIÉN ERA LA DAMA DEL GRAN TRINEO BLANCO

Apenas Pedrito hubo sujetado su pequeño vehículo al gran trineo blanco, cuando éste, después de dar dos vueltas por la plaza, alejóse rápidamente en dirección al polo Norte.

Al salir de la plaza, la dama del trineo volvió la cabeza é hizo una señal amistosa á Pedrito, como si le conociera.

Después, á un cuarto de legua de la ciudad, el muchacho comenzó á temer que no encontraría ya coche alguno para regresar, y quiso desprender su trineo; pero la dama se volvió otra vez, hizole una segunda señal, y Pedrito dejó su trineo sujeto al de la dama.

Entonces el trineo grande continuó avan-

zando hacia el Norte, siempre con más rapidez, y la nieve comenzó á caer tan espesa que apenas podía el niño ver el trineo blanco.

Pedrito, haciendo un esfuerzo, desató la cuerda que sujetaba su pequeño vehículo al otro; mas quedó poseído de asombro, al observar que su trineo, aunque libre, continuaba siguiendo al grande con la rapidez del viento.

Entonces comenzó á llorar y á gritar; pero nadie le oyó; y como ambos trineos corrían con mucha celeridad, apenas podía respirar.

Y la nieve caía siempre, y hubiérase dicho que los trineos tenían alas.

De vez en cuando, Pedrito sentía grandes saltos, como si pasará sobre fosos y hondonadas; estaba muy espantado y quería decir su *Padrenuestro*; pero, desde el día en que sintió un dolor en el ojo y en el corazón, había olvidado todas sus oraciones, y no pudo recordar nunca más que el axioma aritmético: «2 y 2 son 4».

Las abejas blancas (ya se recordará que así llamaban los niños á los copos de nieve) eran cada vez más voluminosas, y muy pronto alcanzaron tales dimensiones, que Pedrito no las había visto jamás así: hubiérase dicho que eran grandes gallinas blancas. De improviso, la dama que conducía al trineo se detuvo y se levantó; su pelliza y su sombrero brillaban por su deslumbradora blancura, y solamente entonces el muchacho la reconoció.

¡Era la Reina de las Nieves!

Pedrito quedó mudo de espanto, porque no tenía allí, como en su casa, una estufa donde poder derretirla.

—Inútil es conservar dos trineos, dijo la dama al niño; con uno solo iremos más rápidamente. Ven conmigo: yo te abrigaré con mi pelliza de piel de oso para que conserves calor.

Y como le era imposible resistir á esta orden, Pedro dejó su trineo y se trasladó al de la Reina de las Nieves, la cual le hizo sentar á su lado, tapándole después con su pelliza.

Sin embargo, al niño le pareció que entraba en un lecho de hielo.

—¿Qué tal? le preguntó la Reina de las Nieves? ¿Tienes siempre frío?

Y le besó en la frente.

Bajo la impresión de aquel beso, Pedrito pensó que su sangre se helaba en las venas y que iba á morir; pero su malestar no duró más que un instante, y casi al punto sintióse muy bien, por haberse desvanecido del todo la impresión fría.

—¡Mi trineo, señora, no olvidéis mi trineo! gritó el muchacho.

La reina cogió un puñado de nieve, sopló sobre ella, y al punto la convirtió en una pequeña gallina blanca, á la cual se enganchó el pequeño trineo, que siguió al grande volando.

Después la Reina de las Nieves besó por segunda vez á Pedrito, y éste olvidó al punto cuanto había dejado en su casa, la abuela y Gerda.

—Ahora, dijo la reina al niño, no te besaré más; pues, de lo contrario, morirías.

Pedrito la miró: jamás había visto facciones tan hermosas ni expresión más inteligente; ya no le parecía de hielo, como el año anterior,

cuando apareció en su ventana y le hizo aquella primera señal que le espantó tanto; ahora no tenía miedo de la dama, pues, en su opinión, jamás había visto nada tan perfecto.

Le dijo que sabía leer y calcular, contar de memoria, hasta por fracciones, que sabía también cuál era la extensión del país en millas cuadradas, y cuál el número de los habitantes.

La reina le preguntó si sabía sus oraciones, á lo cual contestó el muchacho que las había olvidado.

—¿Te acuerdas al menos de hacer la señal de la cruz? le preguntó la dama.

Pedrito procuró hacerla y no pudo conseguirlo.

La reina se echó á reír.

—¡Vamos, vamos! dijo. Decididamente eres bien mío, muchacho.

Después, como llegasen á la orilla de una gran extensión líquida, semejante á un mar, el chico preguntó con inquietud:

—¿Cómo vamos á continuar nuestro camino?

—¡Oh! No tengas cuidado, contestó la Reina de las Nieves; nada nos detendrá hasta llegar á mi palacio.

—Y ¿dónde está vuestro palacio? preguntó Pedro.

—En los hielos del Polo, contestó la Reina de las Nieves.

Y sopló sobre el mar, que se heló al punto.

Entonces el trineo partió al galope de los dos caballos blancos, cuyas colas y crines gigantes cas flotaban al viento.

Cuanto más avanzaban, más confusas se ha-

cían sus formas; de modo que habría sido imposible distinguir si eran cuadrúpedos ó aves, y muy pronto parecieron nubes blancas azotadas por las alas de la tempestad.

A poco pasaron por la región de los lobos; éstos se hallaban echados, y levantáronse al punto aullando para seguir á los viajeros.

Alcanzaron después la región de los osos blancos, que estaban echados también y se levantaron gruñendo, para ir en pos del trineo.

Al poco tiempo llegaron á la última región, es decir, á la de las focas y de los terneros marinos, que, no teniendo bastante energía para correr, contentábanse con arrastrarse, dejando oír gritos prolongados y siniestros mugidos, los cuales parecían propios del mundo de los fantasmas, al que el trineo se aproximaba.

Por último, se penetró en el crepúsculo eterno; y como Pedrito estaba muy cansado, se durmió á los pies de la Reina de las Nieves.

IV

LOS ZAPATITOS ROJOS

Ahora, volvamos á la pequeña Gerda.

La niña se contristó mucho al ver que Pedrito no volvía y cuando transcurrieron dos ó tres días sin que se supiera adónde había ido.

La pobre abuela fué á informarse por todas partes; pero nadie pudo dar noticias de él.

Los muchachos que jugaban en la plaza el día de su desaparición dijeron que le habían visto atar su trineo á otro muy grande y blanco, que, después de dar dos vueltas por la plaza, se internó por las calles para salir de la ciudad. Esperábase siempre ver al muchacho presentarse de pronto.

Pero aquella esperanza no tardó en desvanecerse.

Se dijo que tal vez el muchacho habría caído en el río, donde perecería ahogado.

Esto fué asunto de todas las conversaciones en la casa durante las largas noches de invierno, hasta que, al fin, llegó la primavera con su sol vivificante.

—¡Mi pobre Pedrito ha muerto! decía la pequeña Gerda.

Pero el sol, brillante y hermoso, contestaba que no.

—¡Mi pobre Pedrito ha muerto! murmuraba la niña al pasar las golondrinas.

—¡Mi pobre Pedrito ha muerto! decía la pequeña Gerda á sus rosas, á sus guisantes de color y á los frijoles colorados.

—No lo creemos, contestaban las flores y los frijoles; y, á fuerza de oír repetir á las flores, á las golondrinas y al sol que no creían en la muerte de Pedrito, la pequeña Gerda acabó por no creer tampoco.

—Quiero ponerme los zapatitos rojos y nuevos, que Pedrito no ha visto aún, dijo la niña; después bajaré para informarme acerca de su paradero, y le buscaré hasta que mis zapatos se hayan gastado.

—Dejémosla hacer lo que guste, dijo la abuela; tal vez sea una inspiración de Dios.

La pequeña Gerda bajó á la calle y dirigióse desde luego á la orilla del río.

—¿Es verdad, preguntó á éste, que te has llevado á mi compañerito de juego? Te daré mis lindos zapatos rojos, del todo nuevos, si quieres devolvérmele.

A la niña le pareció que el río le hacía extrañas señales, y, en su consecuencia, quitóse sus zapatitos rojos, es decir, lo que más amaba en el mundo después de Pedrito, y los arrojó en el río.

Pero, sin duda, se había engañado al creer que aquél le hacía señas, pues una onda los rechazó hasta la orilla.

Entonces Gerda comprendió que si el río rechazaba un objeto tan precioso como sus zapatitos era porque no se había llevado al pequeño Pedro.

Y después se dijo:

—Puesto que no pereció en las aguas, vamos más lejos.

Entonces subió á una barca, y, apenas estuvo en ella, se desamarró por sí misma y alejóse de la orilla, siguiendo el curso del río.

Cuando la pequeña Gerda se vió así sola en medio de la corriente, y tan lejos de una orilla como de otra, tuvo mucho miedo y comenzó á llorar; pero nadie vió sus lágrimas ni oyó sus sollozos, como no fueran los gorriones, y, aunque éstos se compadecieran, sus alas eran demasiado débiles para empujar á la niña hasta la orilla. Sin embargo, volaban en torno suyo, cantando ale-

gremente, como para decirle: «No tengas miedo; nosotros no cantaríamos si te amenazase una desgracia.»

La barca, según hemos dicho, seguía el curso de la corriente; la pequeña Gerda se había sentado en medio y estaba inmóvil, con las medias en los pies y los zapatitos rojos en las manos.

Las dos orillas eran magníficas; veíanse hermosas flores, frondosos árboles, y rebaños de carneros que desfilaban; pero, por más que mirase, no veía ningún ser humano.

—Tal vez el río me conduce hacia donde se halla Pedrito, pensó Gerda.

Y comenzó á estar más alegre; se levantó entonces, y miró largo tiempo las hermosas orillas cubiertas de verde.

Muy pronto divisó un magnífico jardín lleno de cerezos, donde había una casita con ventanas rojas y azules; estaba cubierta de rastrojo, y en el terrado veíanse dos soldados de madera, presentando las armas á las barcas que pasaban.

Gerda, que los creía vivos, les gritó:

—¿Sabéis dónde está Pedrito?

Los soldados de madera no contestaron, y Gerda, suponiendo que no la habían oído, se prometió interrogarlos cuando estuviese más cerca. Esto no debía tardar, pues la corriente impelía la barca hacia el terrado.

Al acercarse, Gerda comenzó á gritar con más fuerza que antes, y ésta vez la oyeron, sin duda, pues una viejecita salió de la casa, apoyándose en un báculo. Aunque pareciese tener más de cien años, era muy presumida sin duda, pues llevaba en la cabeza un gran sombrero redondo

de seda blanca, adornado de las más bellas flores.

—¡Oh! ¡Pobre niña! exclamó la vieja. ¿Cómo has venido tú sola en esa barca por este río de tan rápida corriente, y tan lejos del mundo?

Y la vieja, bajando por una escalerita, penetró en el agua hasta las rodillas, atrajo hacia sí la barca con su báculo, y levantó en sus brazos á la pequeña Gerda.

La niña, por su parte, estaba muy contenta de verse en tierra firme, aunque le inspirase algún temor aquella vieja desconocida.

—Ponte tus zapatitos rojos, dijo la vieja, para que los guijarros no te hagan daño en los pies, y dime quién eres, y como has venido hasta aquí.

Gerda se puso sus zapatitos y refirió todo á la vieja, que de vez en cuando movía la cabeza murmurando: «¡Hum, hum!» Y cuando la niña hubo contado todo, preguntando después si había visto al pequeño Pedro, la vieja contestó que no, añadiendo que no era cosa de afligirse por esto, pues, en su opinión, el muchacho no había perecido.

Después cogió á Gerda de la mano, y ambas entraron en la casa, cuya puerta cerró la vieja.

Las ventanas eran muy altas, con vidrios rojos, azules y amarillos; de modo que la luz del día, por efecto de todos estos colores, era muy singular en el interior. En una infinidad de tiestos de porcelana había flores magníficas, y en la mesa un canastillo de hermosas cerezas, como nunca había visto Gerda. Invitada por la vieja, la niña comió tantas como quiso; y mien-

tras que comía, su protectora la peinaba con un peine de oro, que dejaba los cabellos rizados y de un hermoso color amarillo de oro, formando el más precioso marco para su rostro risueño.

—He deseado largo tiempo una niña como tú, dijo la vieja, y ahora verás como vamos á vivir juntas.

Y, cuanto más peinaba la vieja los cabellos de Gerda, más olvidaba ésta á su amiguito Pedro, porque la vieja era una maga, pero no maligna, sino bondadosa, pues encantaba por placer y para su propio recreo.

Al ver á la pequeña Gerda tan graciosa, tan linda y confiada, deseó conservarla á su lado, á fin de tenerla por compañera; mas para esto era preciso hacerle olvidar al pequeño Pedro. Ahora bien: como Gerda había hablado mucho de sus rosas y sus rosales, pensó que, si la niña veía en su jardín flores semejantes, esto le haría recordar el niño á quien buscaba, y en su consecuencia bajó al jardín, extendió su báculo sobre los rosales, y éstos desaparecieron al punto, hundándose en la tierra como si hubiesen penetrado en trampas.

Cuando todos los rosales hubieron desaparecido, la maga volvió á buscar á Gerda, que comía siempre cerezas, y la condujo al florido jardín. Era un parterre magnífico, con todas las flores imaginables, de todas las estaciones; pero, floreciendo á la vez, y ostentando allí todas sus galas. Ningún libro con láminas, ni tampoco ninguna pintura, hubiera podido reproducir la belleza de aquellos variados colores.

Gerda saltó de alegría al ver tan magnífico

parterre, y comenzó á jugar, sin cansarse, hasta que el sol se puso detrás de los altos cerezos.

Entonces la vieja la condujo á un elegante lecho con almohadones de seda roja con violetas bordadas, sobre los cuales la niña se durmió acariciada por dorados sueños, como los de una reina el día de sus bodas.

Al día siguiente, la niña pudo jugar otra vez al sol y en medio de las flores, sin la menor inquietud; y de este modo pasaron muchos días, durante los cuales Gerda conoció los nombres de todas aquéllas; mas, por variadas y numerosas que fuesen, parecía que faltaba una, la más hermosa de todas. Ahora bien: cierto día, como mirase el gran sombrero de seda blanca de la vieja, vió, en medio de las flores que le adornaban, una rosa que la maga había olvidado retirar.

—¡Oh! exclamó muy alegre. ¡Una rosa! ¿Cómo es que no tenéis rosas aquí?

Y corrió al jardín, buscando de espesura en espesura, de platabanda en platabanda, pero todo fué inútil, pues no encontró ni una sola rosa.

Entonces sentóse y lloró; pero como sus lágrimas caían precisamente en el sitio donde había un rosal en otro tiempo, antes de que la vieja los hiciera desaparecer, aquellas lágrimas humedecieron el suelo, las hojas del rosal comenzaron á salir, después las flores, y por último la planta entera, en todo su esplendor, tan embalsamada como cuando había desaparecido.

Y, sin cuidarse de las espinas, Gerda cogió el rosal entre sus brazos, lo estrechó contra su co-

razón, y, pensando en la rosa de su ventana y en Pedrito, exclamó:

—¡Oh! ¡Cuánto tiempo me he detenido aquí! ¿Cómo he podido olvidar de tal modo á mi amiguito, en busca del cual voy?

Y, volviéndose hacia las rosas, preguntóles:

—¿Sabéis dónde está? ¿Os parece que habrá muerto?

—No ha muerto, contestaron las rosas; hemos estado en la tierra donde llevan á todos los muertos, y no hemos visto al pequeño Pedro.

—Entonces, dijo Gerda, será que Pedrito vive.

Al pronunciar estas palabras corrió hasta la extremidad del jardín.

—¡Oh Dios mío! exclamó, mirando sus pies. ¡Y yo, que había prometido buscarle hasta que mis zapatos rojos se hubiesen gastado, veo que aun estan nuevos! Seguramente me ha embrujado esa vieja.

La puerta estaba cerrada; pero, apoyándose en el picaporte, Gerda pudo abrirla y se precipitó otra vez en el vasto mundo.

Comenzó á correr, volviendo la cabeza de vez en cuando; mas, por fortuna, nadie había allí para perseguirla.

Corrió tanto como le fué posible, hasta que le faltó la respiración, y entonces detúvose á descansar sobre un fragmento de roca.

El verano había pasado, y llegaban los últimos días del otoño.

La niña no había podido echarlo de ver en aquel hermoso jardín, donde siempre había un sol magnífico y donde florecían en todo tiempo las plantas de todas las estaciones.

—¡Ah, Dios mío! exclamó Gerda. ¡Cuánto tiempo he perdido! Ya llega el otoño; no puedo detenerme, y es preciso que encuentre á Pedrito.

Y continuó su marcha; pero, cuanto más avanzaba, todo á su alrededor estaba más frío y desnudo; las largas hierbas amarilleaban, y el rocío se deslizaba por ellas como si fuera lluvia. Las hojas, desprendiéndose de los árboles, caían unas tras otras, y solamente el ciruelo conservaba aún frutos, pero tan ácidos que era imposible comerlos.

—¡Oh! ¡Qué triste y vacío parecía el vasto mundo!

V

PRÍNCIPE Y PRINCESA

Al fin, Gerda debió descansar otra vez, porque sus fuerzas la abandonaban y porque comprendía que, si avanzaba más, caería sin remedio.

Por lo tanto, sentóse en una piedra grande.

Enfrente del sitio donde se había colocado saltaba una corneja.

El ave miró largo tiempo á la niña, y acabó por decir:

—¡Cra, cra!... ¡Buenos días, buenos días!

La pobre corneja no sabía explicarse mejor; mas era evidente que tenía buena voluntad á la niña.

Por eso Gerda le hizo una señal amistosa con la cabeza al contestar:

—¡Buenos días, corneja!

Y, expresándose siempre en su lenguaje, el ave preguntó á Gerda dónde iba y cómo se hallaba así sola.

La niña refirió toda su historia, acabando por preguntar:

—¿No has visto tú al pequeño Pedro, amiga corneja?

El ave reflexionó largo tiempo y contestó al fin:

—Podría ser muy bien, podría ser.

Gerda cogió al ave y estuvo á punto de sofocarla.

—¡Creo, creo!... exclamó la corneja. Podría ser muy bien... El pequeño Pedro vive... mas ahora debe haberte olvidado por la princesa. ¡Cra, cra, cra!

—¿Acaso vive con una princesa? preguntó Gerda.

—Sí, contestó el ave; pero yo hablo mal tu lengua. ¿No conoces la mía?

—No: yo no la he aprendido, contestó tristemente la pequeña Gerda; y, sin embargo, hubiera podido aprender, porque mi abuela la conoce.

—No importa, repuso la corneja; yo trataré de hablar, lo más claramente que me sea posible. Escucha.

La niña tranquilizó al ave, diciéndole que, por mal que hablara, la comprendería bien, y que, por lo tanto, podía referir sin cuidado cuanto supiese.

Y la corneja se expresó así, respecto á todo cuanto sabía:

—En el reino donde estamos ahora vive una princesa que es increíblemente juiciosa y sabia;

pero debe decirse también que está suscrita á cuantos diarios se publican en el mundo. Cierta que tiene tanto talento, pero olvida al punto cuanto ha leído. Ocupó el trono á la edad de diez y ocho años, y poco tiempo después se la oyó cantar una canción que comenzaba con estas palabras:

Ya es tiempo de casarme...

Pero el fin de la canción no era tan fácil de expresar como el principio, pues la princesa no quería solamente un príncipe como hay muchos, es decir, que supiera llevar bien un brillante traje, sonreír oportunamente y ser siempre de su opinión; no; quería un verdadero príncipe, apuesto, valeroso é inteligente, que pudiera estimular las artes durante la paz, y ponerse á la cabeza de los ejércitos en caso de guerra; y, mirando todos los tronos del mundo, no veía ninguno como ella lo deseaba. Pero la princesa no desesperó de encontrarle, y estaba resuelta á no fijarse en la condición, y elegir, en cualquiera clase que fuese, un esposo digno de ella. Mandó llamar al director general de la prensa, y al día siguiente los diarios aparecieron orlados de una guirnalda de rosas, anunciando que se abría un concurso para obtener la mano de la princesa, y que todo joven, de buen aspecto, de veinticinco años de edad, podría presentarse en el palacio para hablar con la princesa, que concedería su mano al que le pareciese reunir las mejores cualidades intelectuales y morales.

Todo esto no era nada probable, y la niña parecía dudar de la exactitud del relato de la

corneja, cuando esta última, aplicando la pata sobre su corazón, dijo:

—Os juro que no digo sino la verdad, y que he conocido todos estos detalles por una corneja particular que habita en el palacio y que es mi prometida.

Estando el ave tan bien informada, no se podía dudar de lo que decía.

—Los jóvenes solteros acudieron de todos los puntos del reino; había una considerable multitud, tanta que no se podía pasar por las calles; pero ningún joven fué admitido, ni el primer ni el segundo día. Todos hablaban bien y con mucha elocuencia mientras se hallaban delante de la puerta del palacio; pero, una vez dentro, cuando veían á los guardias con su brillante uniforme de plata, cuando después de subir las escaleras encontraban á los lacayos con su librea de oro, y cuando después de atravesar las grandes salas iluminadas se veían delante del trono de la princesa, ¡oh!, entonces era inútil que buscasen palabras; no podían hacer más que repetir la última de la frase que la princesa había pronunciado; de modo que ésta no necesitaba oír más, y sabía desde luego á qué atenerse en su juicio. Hubiérase dicho que todos aquellos jóvenes habían tomado un narcótico que entorpecía su inteligencia y que no recobraban el uso de la palabra hasta hallarse fuera del palacio. Cierto que entonces hablaban de nuevo muy bien, pero todos á la vez, contestándose unos á otros lo que debieron contestar á la princesa, de tal modo que aquello era una confusión en la que nadie se entendía. A la salida del palacio esperaban á

los pretendientes muchos ciudadanos imbéciles que se reían del chasco de los jóvenes. Yo estaba allí y me reí también de la mejor gana.

—Pero ¿y el pequeño Pedro? preguntó Gerda. No me hablas de él.

—Esperad, esperad, contestó la corneja; ya llegaremos á Pedrito. El tercer día se presentó un hombre pequeño, sin coche ni caballo, y muy alegre, y entró resueltamente en el palacio. Sus ojos brillaban como los tuyos; tenía magníficos cabellos largos, y, á juzgar por su ropa, muy modesta, debía ser pobre.

—¡Era Pedrito, era Pedrito! exclamó Gerda con alegría. ¡Ya le encontré!

Y, en su contento, olvidando la fatiga, comenzó á saltar y á palmotear.

—Llevaba, continuó la corneja, á la que no se podía interrumpir fácilmente, un pequeño saco á la espalda.

—No me habláis de su trineo; con él se marchó, y debía llevarle.

—Es posible, repuso la corneja; tal vez fuese aquello su trineo y no un saco, lo cual no puedo asegurar, porque no miré de cerca. Sin embargo, lo que sé por boca de mi novia, la corneja domesticada, es que el joven, al pasar por la gran puerta del palacio, al ver los guardias con su uniforme de plata, y en las escaleras á los lacayos con sus libreas de oro, no se intimidó, al parecer, en lo más mínimo. Hizo una señal amistosa con la cabeza y dijo:

«Me molesta permanecer en la escalera esperando, y de consiguiente voy á entrar.» En efecto, penetró en las salas iluminadas, y allí, donde es-